SEGUIR A JESÚS EN LAS CIRCUNSTANCIAS CONCRETAS DE NUESTRA VIDA

[Lucas 9, 51-62]

Retomamos los Domingos del Tiempo Ordinario que habíamos dejado para celebrar la Cuaresma, la Pascua y las solemnidades de la Ascensión, Pentecostés, Santísima Trinidad y Corpus Christi. Estamos en la 13ª semana de este tiempo y la Liturgia nos invita a reflexionar sobre nuestra disposición para seguir a Jesús en las circunstancias concretas de nuestra vida.

El evangelio (Lc. 9, 51-62) comienza diciendo que Jesús había tomado la firme determinación de ir a Jerusalén. Pensó hacer una parada en Samaria y hospedarse, pero sus habitantes no lo recibieron porque se dirigía a Jerusalén. Ante tal negativa, Santiago y Juan le dijeron a Jesús: **¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que termine con ellos?** La respuesta de Jesús fue una reprimenda por tal actitud.

A simple vista esta escena de comienzo no parece tener relación con la "llamada y la respuesta" que va a tratarse con los tres personajes al final del Evangelio. Sin embargo la relación es muy estrecha, porque el seguimiento a Cristo no se corresponde con actitudes de venganza, resentimiento, mal uso del poder o prepotencias. A Santiago y a Juan les faltó lo principal del seguimiento: distinguir qué espíritu les movía a proceder con tal nivel de inmisericordia.

La llamada y la respuesta comienzan a manifestarse en nuestra capacidad de bondad y de perdón, pero sobre todo en la capacidad de ponernos en el lugar del otro. Sólo así comenzamos a vivir como cristianos. Y sólo después es que podemos adentrarnos a mayores planos de seguimiento, tal como lo expone Jesús a las tres personas con las que habla sobre el seguimiento al final de este evangelio.

El primer interlocutor dijo a Jesús: ***te seguiré a dondequiera que vayas***. A lo que respondió Jesús: ***las zorras tienen madrigueras y las aves, nidos; mientras que el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza***. Es decir, hay que aventurarse a la no posesión de cosas o bienes. **Necesitamos experimentar desprendimiento, intemperie, vulnerabilidad porque sólo así nos abrimos a la libertad.**

Al segundo interlocutor lo invitó directamente Jesús a seguirlo. Pero éste le dijo: ***déjame ir primero a enterrar a mi padre***. Y Jesús repuso: ***deja que los muertos entierren a sus muertos***. Es decir, necesitamos liberarnos de lo pasado (del pasado) que nos paraliza. **Necesitamos audacia para vivir la gratuidad del presente que nos invita a nuevos estadios de realización.**

Y el tercer interlocutor prometió seguir a Jesús, pero ***pidió que lo dejara ir primero a despedirse de su familia***. Y Jesús le dijo: ***nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios***. Es decir, conviene poner orden a los afectos para que no distorsionen nuestras decisiones. **Hace falta generosidad para transformar nuestros circuitos afectivos y poder así abrirnos a la disponibilidad**.

El seguimiento a Jesús pasa por el desprendimiento que nos hace libres, la gratuidad que nos conduce a nuevos estadios de realización y la generosidad que nos abre a la disponibilidad. Por eso no basta preguntarme **¿qué voy a hacer en la vida?** sino, **¿qué quiero hacer con mi vida en el aquí y ahora de mi historia concreta?**

Que la amistad con Jesús nos ayude a exponernos a la libertad, a la vida y a Dios, llevados por la fuerza de su Palabra y su Gracia y al ritmo de la novedad de su Espíritu.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR

Enséñame, Señor, a seguirte sin la apoyadura de los bienes, sin cobijos y sin lugares que pueda llamarlos míos. Apoyado tan sólo en la alegría que ofrece tu compañía, abierto al desprendimiento, a la intemperie, a la vulnerabilidad. Expuesto a la novedad de tu camino.

Que te siga, Señor, sin arrogancia, sin escrúpulos, sin menosprecios por sutiles que sean en cada momento. Sin la falsa modestia y la dulce homilía de la autoconmiseración. Viviendo la frescura y la alegría de tu encuentro. Sanado en Ti, y dejando atrás lo muerto.

Llámame, Señor, y que me atreva a seguirte sin la tentación de volver, ni la posibilidad de regresar nocturnamente. Llevado por la fuerza de tu Palabra, de tu amistad, al ritmo de los vaivenes de tu Espíritu. Amable, bueno, disponible y afianzado en tu gracia solamente.

(*GA.*)